

LA PARÁBOLA DE LA ISLA DONUT

En muchas ocasiones los casos extremos son los que mejor explican los desafortunados comportamientos que dan lugar a algunos de los problemas más graves y acuciantes que asedian a las sociedades contemporáneas. Son estos casos exacerbados los que destilan las fuerzas miopes que mueven el mundo colocándonos a veces al filo del abismo. La complejidad social y económica se ve reducida entonces a consecuencia precisamente de esa situación extrema, permitiéndonos de este modo contemplar sin confusiones el juego de las fuerzas que en verdad operan.

Nauru es una pequeña isla de 21 kilómetros cuadrados y 12.800 habitantes, uno de los estados más diminutos del mundo, situada en el Pacífico Sur, perdida y aislada en las distancias polinesias al sur de las islas Marshall. Nauru fue bendecida por la naturaleza con una gran plataforma central cubierta de fosfatos de origen orgánico, que abarca las cuatro quintas partes de la superficie de la isla. Desde principios del siglo XX los fosfatos han sido extraídos de manera continua, en primer lugar, por los distintos consorcios de las potencias coloniales de turno (Alemania, Inglaterra, Australia, Nueva Zelanda y Japón) y luego, después de su independencia en 1968, por el propio gobierno de la isla. Al poco de la independencia la población de Nauru llegó a gozar de una de las rentas per cápita más elevadas de todos los países en vías de desarrollo. Pero la extracción de los fosfatos deja tras de sí campos de profundos agujeros y altos pilares de caliza y coral totalmente estériles para cualquier uso social o productivo. Lo que fue una isla de verde y denso follaje, tal y como lo fueron en su día la mayoría de las Islas Canarias, es ahora un erial grisáceo que ocupa el ochenta por ciento de la superficie isleña, rodeado por una estrecha banda costera donde se concentra la población y los restos desperdigados del antiguo esplendor vegetal.

Las reservas de fosfatos se encuentran por completo exhaustas, no hay recursos naturales alternativos y las políticas públicas descuidaron irresponsablemente la educación y la capacitación profesional. De hecho, los puestos productivos han estado tradicionalmente en manos de gente foránea. Además, el gobierno está en bancarota, los fondos financieros que se constituyeron para facilitar la transición económica al momento de acabarse los fosfatos se han dilapidado por la negligencia, la corrupción y las disparatadas decisiones de inversión de los distintos gobiernos. La inestabilidad política que aqueja a los gobiernos de la isla expresa el malestar de la población con la situación actual y la ausencia de salidas evidentes. Las alternativas que se han intentado han acabado resultando patéticas, desde la creación de una zona libre bancaria carente de un auténtico marco regulatorio, que se encuentra en el punto de mira de las organizaciones internacionales y con escasas posibilidades de continuidad, hasta la dramática conversión de la isla en un campo de internamiento para las remesas de emigrantes rechazadas por Australia. Y ni siquiera las compensaciones económicas conseguidas de Australia en los tribunales en desagravio por el pasado de explotación colonial han servido de algo. La sociedad de Nauru no invirtió en ningún momento con racionalidad pensando en su futuro, y ahora no sólo tienen un entorno físico devastado y de muy difícil recuperación, sino que la misma población presenta los peores síntomas para afrontar cualquier tipo de desafío, caracterizada por un bajo nivel cultural es también una de las poblaciones más obesas y con mayor incidencia de diabetes del mundo. Una historia tremenda, pero una más de esas donde la opulencia transitoria parece liquidar toda capacidad social de raciocinio¹.

¿Cómo es posible que una sociedad que se autogobierna y que es consciente de que vive de un recurso que terminará por agotarse en un relativo corto plazo de tiempo se

comporte de manera tan suicida?. El análisis económico nos ofrece en la actualidad varias vías tentativas de respuesta a esta cuestión que no son necesariamente incompatibles entre sí. Una tiene que ver con las instituciones que se heredan del pasado y que marcan una cierta pauta, una inercia, en el modo de organizar y de hacer funcionar a la sociedad y a la economía en particular. Aunque se modifique el poder político, las instituciones económicas, que en el caso de Nauru tenían un fuerte carácter extractivo, pueden permanecer, y con ellas una determinada senda de crecimiento económico². No obstante, otra vía para contestar a esta paradoja centra su atención no tanto en la dinámica evolutiva global de la sociedad como en los procesos individuales de decisión, y en cómo intervienen las cuestiones de futuro en nuestras decisiones de consumo, producción e inversión. Es esta otra vía la que de forma más inmediata ofrece, en paralelo al ilustrativo caso de Nauru, interesantes elementos de reflexión frente a los dilemas que tiene planteado el desarrollo económico de nuestro Archipiélago.

¿Estamos consumiendo demasiado?, este es el título de un artículo colectivo muy reciente elaborado por un elenco de once prestigiosos economistas que encabeza el premio Nobel Kenneth Arrow³. Para aproximarse a una respuesta estos analistas utilizan dos criterios de valoración, según el primero, tendremos un consumo excesivo siempre y cuando reduciendo el consumo actual, y aumentando por contra la inversión, podamos mejorar en mucha mayor cuantía el consumo futuro (criterio de maximizar el valor actual del consumo futuro), y, según el segundo, habría consumo excesivo si el nivel de consumo actual no permite el mantenimiento del bienestar de las generaciones futuras (criterio de sostenibilidad). Se trata de dos vías técnicas distintas que no producen resultados exactamente coincidentes y que incluso reflejan consideraciones éticas dispares desde el punto de vista de la equidad intergeneracional, puesto que, al fin y al cabo, hacer máximo el valor actual del consumo presente y futuro no asegura que todas las generaciones venideras disfrutarán del mismo bienestar. Pero lo que nos interesa destacar aquí es que para ambos criterios resultan esenciales dos conceptos que pueden dar lugar a lecturas muy instructivas. Por un lado, el bienestar social en un momento histórico determinado depende de la base productiva de la sociedad, y ésta consiste en el conjunto de bienes de capital que posee, es decir, en sus recursos naturales, capital manufacturado, capital humano, conocimiento e instituciones. El valor de esta base productiva varía a lo largo del tiempo y para medir este cambio estos economistas proponen la idea de inversión genuina, la cual se obtendría a partir de la suma de los valores reales de las inversiones y desinversiones que realiza la sociedad en un instante dado. Y es, precisamente, en la composición y valoración de esta inversión genuina donde se concentra el núcleo de la problemática que condiciona el futuro del crecimiento del bienestar social.

A la hora de realizar un cálculo de esta inversión genuina los principales obstáculos con que nos encontramos consisten en la dificultad de valorar las pérdidas sociales derivadas de la reducción de los recursos naturales y en saber en qué medida las minoraciones en un tipo de capital pueden ser compensadas por aumentos en el stock de otro tipo de capital. La cuestión es compleja y nos debe inducir a las máximas cautelas, sobre todo, cuando estamos tratando del uso que le damos a los bienes de capital natural. Ello es así, porque los recursos naturales prestan numerosos servicios productivos de carácter directo e indirecto que no están debidamente valorados por los mercados, es decir, el precio efectivo de estos servicios está habitualmente por debajo de su coste social, lo cual conduce a que los sobreutilicemos y que incluso no seamos conscientes de su significativo papel económico. La problemática se amplifica porque pueden existir fuertes interrelaciones entre los distintos tipos de capital y porque los recursos naturales en

ocasiones no son sustituibles en su función productiva. La economía del turismo es un buen ejemplo de todo ello, la salud y buena conservación de nuestro entorno físico es un factor esencial e imprescindible de la función de producción turística, pero ésta a su vez requiere necesariamente de múltiples infraestructuras (capital manufacturado) y de servicios adecuados (capital humano, institucional y de conocimiento), por lo cual el desvelar las necesarias dependencias y equilibrios entre estos tipos de capital resulta de vital urgencia para asegurar la viabilidad futura del sector.

El capital natural siempre ha sido el pariente pobre del juego de los mercados, pero no por ello deja de pasar factura tarde o temprano a la sociedad. No sólo ha sido barata, y con pocas limitaciones al exceso, la tradicional utilización de los recursos naturales, sino que para más escarnio con frecuencia enmascara, mediante transitorios y sorprendentes crecimientos de la producción y el consumo, lo que luego se traduce en agotamiento, pérdidas irreversibles y rendimientos económicos decrecientes. También es de destacar que el impacto humano sobre el estado de los recursos naturales está envuelto muchas veces en la incertidumbre, en la imposibilidad de prever la gravedad de todas sus consecuencias. Ello es debido en buena medida a que dicho impacto tiene lo que en la jerga técnica se denomina características de no linealidad, esto es, las repercusiones negativas se acumulan en el medio ambiente poco a poco y con escasa visibilidad, y llegado un determinado instante, y de manera brusca, tiene lugar un cambio fundamental en el sistema natural que modifica su situación irreversiblemente. El consumo voraz del territorio que hemos llevado a cabo durante las últimas décadas en las Islas Canarias, y que ha constituido el eje central de su espectacular crecimiento económico, marca una pauta que puede ser indicativa de una composición de nuestra inversión genuina que no es eficiente ni sostenible en el tiempo: demasiado uso de bienes intensivos en recursos naturales respecto al grado de utilización de otros bienes de capital. Por tanto, parece razonable que nos centremos en la composición de nuestra actual inversión genuina y que prestemos especial atención a los equilibrios y las complementariedades entre los distintos bienes de capital, otorgando a los recursos naturales el papel central que de facto ocupa en nuestra estructura productiva y en nuestras cadenas de producción de valor económico.

Una visión que contemple en su globalidad las interacciones entre nuestros distintos recursos de capital parece esencial, tanto para encauzar con realismo nuestro debate medioambiental como para abordar otro tipo de problemáticas no menos acuciantes. Cabría citar a este respecto dos asuntos de actualidad particularmente sensibles para el desarrollo del Archipiélago: los niveles de calidad en la producción de nuestro sistema educativo y las grandes obras de infraestructura y reordenación urbanística. El reciente informe PISA 2003 elaborado por la OCDE proyecta una luz ominosa sobre todo el sistema educativo español⁴, los malos resultados obtenidos por los estudiantes españoles constituyen desalentadoras noticias en cuanto a la capacitación de nuestro capital humano y a nuestro potencial de conocimiento, actores centrales en el bienestar futuro de nuestra sociedad. Tenemos, por desgracia, pocas estadísticas comparativas para juzgar la bondad del sistema educativo canario con relación al de otras comunidades autónomas españolas, pero las pocas existentes, por ejemplo las referidas a los niveles de fracaso escolar, hablan de que la situación canaria puede resultar todavía peor que la indicada por la media estatal. Los niveles y la orientación de la inversión educativa en Canarias demandan una profunda reflexión en este orden de cosas, que en ningún caso debe obviar responsabilidades, ni escudarse en los grandes debates sobre el marco legal general de la educación en España. Por otro lado, cabe presumir pocas dudas en cuanto a que la necesaria política de infraestructuras desarrollada en las Islas no ha estado

precisamente caracterizada por un estudio detallado y en profundidad de todos los costes y beneficios que involucraba, y a este respecto nos hemos quedado sin saber si hubieran existido alternativas y prioridades de mayor rentabilidad social sobre las opciones de inversión que al final se han llevado a efecto. El último episodio todavía inconcluso en el capítulo de las infraestructuras es el de la discusión que estamos viviendo en torno al diseño de una gran intervención urbanística en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. Esta intervención posee potencialmente todas las connotaciones de una actuación estratégica con capacidad para funcionar como catalizador de una nueva configuración y dinámica urbanas. En consonancia con el tenor de lo comentado más arriba, parecería oportuno señalar que el eje valorativo principal para evaluar y comparar las alternativas en liza debería especificar las complementariedades y servicios de futuro que aportaría el nuevo tramado urbano en su relación con el resto de la ciudad y de la isla. Dicha oportunidad inversora requiere, pues, una meditada evaluación del engarce del nuevo recurso de capital con los preexistentes, y ello conlleva sopesar los flujos de información, mercancías, servicios, valores estéticos y culturales que emanarían de los intercambios con el nuevo enclave, y apreciar asimismo en qué grado esta nueva dinámica nos ayudaría a resituarnos en un mundo globalizado y de redes jerarquizadas, un nuevo y cambiante escenario donde corremos riesgo de quedar atrapados en alguna esquina de orden menor.

Las Palmas de Gran Canaria a 23 de diciembre de 2004.

Jacinto Brito González
Economista
jbrito@coac-lpa.com

(Jacinto Brito González es Gerente de las Demarcaciones de Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura del Colegio Oficial de Arquitectos de Canarias y Profesor Asociado de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria)

¹ The Economist (2001): *Nauru. Paradise well and truly lost*. The Economist, 20, Dec., 2001.
Pukrop, Michael E. (1997): *Phosphate Mining in Nauru*. TED Case Studies.
www.american.edu/projects/mandala/TED/NAURU.htm
Central Intelligence Agency (2004): *The World Fact Book: Nauru*.
www.cia.gov/cia/publications/factbook/geos/nr.html

² Acemoglu, D., Johnson, S. y Robinson, J. (2004): *Institutions as the fundamental cause of long-run growth*. Working Paper 10481, National Bureau of Economic Research, May 2004.

³ Arrow, K., Dasgupta, P., Goulder, L., Daily, G., Ehrlich, P., Heal, G., Levin, S., Mäler, K., Schneider, S., Starrett, D. y Walker, B.: *Are we consuming too much?*. The Journal of Economic Perspectives, Volume 18, Number 3, Summer 2004.

⁴ Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo, OCDE, Programme for International Student Assessment (2004): *Learning for Tomorrow's World. First Results from PISA 2003*. OCDE, 2004.